

En tono de amistosa objeción, conviene formularle a Bonet algunos reparos.

En principio, el de que la preocupación por eliminar la presencia enojosa del autor no es, como bien sabemos, privativa de los autores que él cita, ni supone mayor consecuencia estética que otras modificaciones que han ido introduciéndose en la estructura clásica de la novela desde entonces.

El recurso narrativo que permite al autor ocultarse, hacer que sus personajes dialoguen entre sí o peroren por su cuenta, no es suficiente título para establecer parentescos con el descriptivismo actual, a no ser que estemos dispuestos a incluir en la lista, por ejemplo, al autor de «El lazarrillo de Tormes», citado sea entre mil.

Pero no es esta la objeción de fondo que sugiere el libro de Bonet, sino la que se refiere a las citas de Galdós que emplea como prueba de la apertura del maestro desde unos modos narrativos distantes y subjetivamente muy condicionados, hacia otros que, según Bonet, propician no ya el acercamiento, sino la entrega incondicional de la obra a la interpretación del lector. Desde luego, parece claro que la idea de Bonet es que en la evolución desde la estética realista (o naturalista: parece ocioso seguir manejando esta distinción) a la espiritualista —o, como se va imponiendo decir, impresionista— supone un progreso cierto en orden a la eficacia social de la novela, en la medida en que favorece la participación autoeducadora del lector. La cuestión no está resuelta, como se sabe, ni aquí se pretende abordarla. Lo que sí habrá que decir es que, por lo que respecta al caso español, tal deslizamiento parece indicar flojeras y ambigüedades más que otra cosa. No sabemos si la conversión de Guy de Maupassant supuso

resultados mejores que los que lograra como objetivista dogmático, pero creemos poder afirmar que la racha espiritualista de Galdós, aparte de que mengua su estatura literaria, supone una considerable pérdida de energía creadora y responde a complicadas razones ideológicas más bien retrasadoras que progresivas. Bonet, no obstante, al recoger textos de Nazarin o Halma y al indicar, en general, la postrera tendencia galdosiana a favor de la autonomía del personaje por medio del diálogo, quiere suponer que el autor se esforzaba en abrir su arte evitando condicionarlo con su propio aliento. Pero, ¿por qué un diálogo está menos condicionado por su autor que una descripción? ¿No es dar de barato creer que el mero artificio de disponer lo que el autor piensa en boca de los personajes supone la independencia, aunque sea relativa, de éstos? En realidad, como ya entonces opinaba Clarín, la famosa novela hablada supone un visible retroceso en relación con los formidables logros anteriores de Galdós, y de ningún modo un progreso técnico.

Tal vez por el carácter de ensayo apresurado que denota el libro, Bonet no ha tenido ocasión

de afinar y conseguir mejor partido de tantos atisbos interesantes como maneja con el propósito criticado. Es evidente su conocimiento de esta época casi ignorada —y, lo que es peor, frecuentada sin respeto—, a pesar de constituir una clave imprescindible para entender la literatura contemporánea. Lo malo es que este mérito y la indiscutible inteligencia crítica del autor vayan en esta ocasión lastradas por una buena fe tan excesiva que casi parece aventurera. Porque aventura es, a pesar del sólido aparato probatorio dispuesto con habilidad por Bonet, apostar por la aproximación temeraria que se anuncia en el título mismo, ver en algún monólogo de Pereda un precedente del «futuro monólogo mental» o presentar las novedades galdosianas de Casandra como un progreso de la conciencia de compromiso del autor. Dicho sea sin menoscabo del valor de un libro bien trabajado y concebido con originalidad, al que ha faltado algún reposo, y sobrado, en cambio, generosa alegría a la hora de girar la raya y sacar la cuenta de unas conclusiones sin duda difíciles. ■

JOSE A. GOMEZ MARIN.

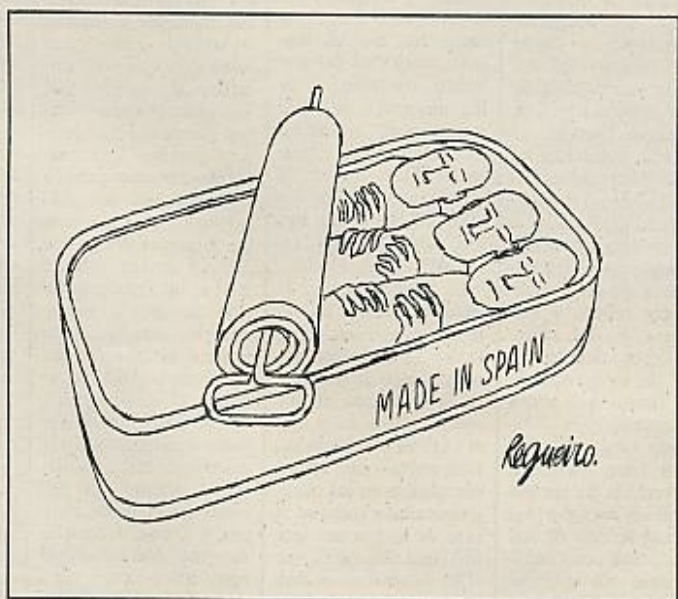
## «Autoritarismo y libertad en la enseñanza»: La clase abierta

«El mando obsesional a todo el personal, y toda la retórica empleada en las reuniones de profesores podía apenas encubrir la deducción clara de que los alumnos eran un enemigo atrevido, imprevisible, in moral y peligroso». Así describe sus primeras impresiones como maestro el autor de «Autoritarismo y libertad en la enseñanza» (1), libro que a pesar de su origen foráneo parece como si hubiera recogido los propios apuros y dificultades con que se enfrentan también aquellos de nuestros maestros, que dentro de una estructura educativa y social autoritaria intentan, sin embargo, crear o propiciar entre sus alumnos la edificación de un ambiente en libertad. De «clase abierta» denomina Herbert R. Kohl a este ambiente en su interesante libro, en el que recoge una serie de «estrategias de

(1) «The open classroom» en el original inglés. Nueva York, 1970. La traducción castellana de Julia Sicart pertenece a Ediciones Ariel, 1972.

transformación de trato con la dirección y con los otros profesores, de elección de diferentes libros de texto, planes de enseñanza, etcétera», experiencias y reflexiones vividas en distintas escuelas americanas y contadas aquí de un modo muy vivo y ameno que no excluye una concepción perfectamente coherente y científica del trabajo educativo. Como bien indica el nombre de su edición en castellano, se parte en este trabajo de dos hechos dependientes entre sí: la estructura clasista autoritaria de la sociedad ejemplarizada insistentemente a través de las múltiples relaciones con el hecho educativo que aquí se muestran, y la libertad como necesidad del individuo sin cuyo ejercicio durante el proceso de su educación, no sólo se anula la bondad pretendida por los educadores y los principios en que se inspiran, sino que se coacciona y degrada este proceso hasta convertirlo en mero instrumento de sumisión a los valores conservadores ya establecidos. La inadecuación de los alumnos a programas generalizados elaborados lejos de la escuela y de las condiciones específicas de cada localidad, por grupos de «expertos» seleccionados a menudo en función de sus adhesiones político-burocráticas, más que por un conocimiento real y representativo de los problemas y necesidades de aquellos a quienes se va a aplicar el programa, origina necesariamente tensiones y situaciones de violencia, no sólo entre alumnos y profesores, sino entre éstos y los directores y aún, entre directores e inspectores, grupos profesionales y niveles sociales y burocráticos de la estructura educativa. Sin embargo, es el maestro —siempre flotando entre sus superiores, arriba, y los alumnos abajo— el agente más directo que dentro de la estructura piramidal ha de resolver la papeleta

de ajustar las necesidades propias de cada unidad escolar determinada —es decir, de millares de unidades diversas— a las exigencias ordenadas en el gran programa; también es él, por lo tanto, quien ha de sufrir más intensamente la alternativa entre una actitud autoritaria represiva que evite el deterioro de su prestigio dentro del ámbito jerárquico profesional a que obedece o la elección de una pedagogía en cierto modo picaresca —las estrategias de transformación para la creación de la «clase abierta» o de una escuela dentro de otra escuela de que habla Kohl— que ante la imposibilidad de una corriente de opinión crítica en sentido inverso al establecido lejos de la base de la actividad educativa, favorezca una labor eficaz entre los alumnos, sin abandonar la función real que al maestro corresponde. Como es natural, esto tiene sus limitaciones insalvables, pues las tácticas y las estrategias, como el autor reconoce, hacen caer frecuentemente en concesiones hipócritas para sobrevivir. «Esto es de cualquier modo —dice— lo que hacen todos los maestros, y a menos que dichas concesiones se hagan pensando en la modificación que se desea llevar a cabo y se esté dispuesto a afrontar a la demás gente si llega la ocasión, la franqueza de la clase no será más que una mentira». Se corre el peligro de convertirse en un nuevo maestro asustado, que habla a sus alumnos de su libertad y de su autonomía, pero que tiene miedo de luchar por sus ideas. Pero llegados a esta situación límite, cabe hacernos con el autor la siguiente pregunta: ¿Somos capaces de jugarlos un empleo seguro por actuar honradamente y resistirnos a ser manejados por un sistema opresivo? Y sin abandonar esta cuestión de ética personal e intentando la posibilidad de su



peración práctica: ¿No será conveniente intentar un tipo de análisis y responsabilidades que rebasen el horizonte formado por el maestro, el libro y la escuela dentro del que habitualmente se plantean los problemas educativos en virtud de una deformación científica que pretende a ultranza la superación por el perfeccionismo de métodos y procedimientos? Porque estas confrontaciones no deben de pesar únicamente sobre los hombros de los maestros— aunque estos deban afrontarlas—; sería necesario también un grado de responsabilización y concienciación pública sólo alcanzable cuando las cosas de la educación sean discutidas y decididas públicamente. ■ F. ALMAZAN.

## Los pasos de Jakob Lind

Jakov Lind es, como tantos otros, un escritor sin patria. Casi, podríamos decir, un escritor sin nombre; un rostro asombrado y fugitivo, un corazón y un cerebro desperdigados, unos ojos burlescos y nostálgicos abiertos acaso a la esperanza. Perteneciente a una familia judía, nació en Viena en 1927 y residió hasta los once años de edad en la capital austriaca. Cuando los nazis ocuparon Austria, el pequeño Lind marchó en un tren de refugiados a Holanda; allí cambió su nombre por el de Jan Overbeek. Provisto de falsa documentación holandesa, regresó a Alemania, donde permaneció hasta 1945. Poco después, utilizando un nuevo nombre, Jakov Chaklan, emigró ilegalmente a Palestina. Comenzó a escribir en lengua alemana y alcanzó un sólido renombre como miembro de la vanguardia narrativa de posguerra—sus novelas «Alma de madera» y «Paisaje de cemento», publicadas por la Editorial Seix Barral en lengua castellana, obtuvieron una cier-

ta repercusión entre los lectores españoles—; recientemente abandonó el alemán como vehículo expresivo—Me disgustaba el lenguaje en que escribía; odiaba el alemán, la lengua que mejor conocía. No podía soportar ni su propio sonido. Necesitaba un nuevo lenguaje para expresar sentimientos e ideas que apenas sabía cómo formular— y empezó a manifestarse en lengua inglesa. Asimismo trasladó su residencia a Londres. Pero últimamente parece haber sustituido las brumas londinenses por la vegetación mediterránea de Deyá (Mallorca): precisamente por estos días se exhibe en los cines madrileños un cortometraje de Rovira-Beleta dedicado a las Baleares en el que aparece Jakov Lind.

Su primer intento narrativo en lengua inglesa ha sido una autobiografía: «Contando mis pasos» (1). A lo largo de sus páginas, Jakov Lind recorre tres etapas simbolizadas en otras tantas «escuelas» vitales: «Escuela de Metafísica» (la infancia vienesa, la familia, la existencia en el barrio de Goethehof), las enseñanzas en la escuela primaria, la aceptación de héroes, genios y superhombres), «Escuela de Política» (la estancia en Holanda bajo el falso nombre de Jan Overbeek, el descubrimiento de la virilidad, la persecución nazi, las huidas, el regreso a Alemania, la clara conciencia de estar asistiendo al desmoronamiento del régimen hitleriano, la ocupación aliada) y «Escuela de Alquimia» (la emigración ilegal a Palestina, la destrucción de ciertos valores tenidos hasta entonces por absolutos, la publicación del apócrifo «Diario de Hanan Edgar Malinek», la ruptura con el pasado, el deseo categórico de paz).

Jakov Lind ha reconstruido sus pasos con la

(1) Jakov Lind: «Contando mis pasos». Traducción de Jaime Frelre. Barral Editores. Barcelona, 1972.

seguridad del hombre que no cree estar dominado por un determinismo historicista. No hay en las páginas de esta singular autobiografía ningún resquemor hacia el pasado, ninguna intención programática, ningún testimonio específicamente acusatorio. «Todavía existo—ha escrito Jakov Lind al final de su obra—, por lo tanto, me muevo hacia delante, y porque estoy vivo puedo seguir viviendo para siempre». La nueva «escuela» de Jakov Lind podría denominarse «Escuela de Biología». ■ S. R. S.

## El último Pinter

La Colección Teatral de «Cuadernos para el Diálogo» acaba de publicar otra de esas obras que han dado que hablar a medio mundo. Y muy recientemente, porque «Old Times», de Pinter—que ese es el texto publicado—, se estrenó en Londres en junio del 71 para ser inmediatamente traducida a numerosos idiomas y estrenada en muchos países. Si en España no se ha estrenado, supongo que será por razones «comerciales», por desconfiar del interés que pueda suscitar en el público, ya que no existen los obstáculos de otras veces, los que limitaron, por ejemplo, a sesión única «Regreso al hogar», la última obra de Pinter montada en Madrid. Luis Escobar, el adaptador y director no sólo de «Regreso al hogar», sino de las dos únicas obras de Pinter que aquí se han explotado regularmente y gozaron del favor del gran público—me refiero a «El amante» y «La colección»—, es también el autor de la versión de «Old Times» que ahora comentamos.

Desde luego se trata de un texto de difícil comprensión. Es tan elemental en su superficie y está al servicio de una historia tan poco extraordinaria, que el lector puede quedarse en ayu-

nas. Flota un tono de trivialidad que, sin embargo, forma parte muy esencial del pesimismo último y la dramaticidad de Pinter. Es el subtexto de esa cotidianidad, la descomposición de la realidad aparente, lo que a Pinter le importa. Su teatro no ha sido nunca otra cosa que la conciencia trágica de la falsedad de la apariencia anecdótica. Los personajes «se prestan» a vivir una historia acordada a la sistemática social y a las interpretaciones habituales de la realidad, pero, en verdad, debajo de esas máscaras existen entidades mucho más indefinidas de lo que la anécdota supone. En «Viejos tiempos», el elemento desintegrador es la memoria, y, por tanto, lo que se cuestiona es la idea y el sentimiento de «lo presente». No es que el pasado se evoque para trazar una línea de continuidad histórica. Es precisamente esta continuidad la que se pone en entredicho, en el sentido de que el pasado, la memoria, incide de tal modo en el presente, que a veces es más presente que lo que un observador externo o una cámara fotográfica tomarían por tal. No es que los tres personajes de «Old Times» acaben confundiendo los tiempos y revivan el pasado como si fuera presente. No, no: los tres son conscientes del momento que viven y de los recuerdos que lo condicionan, completan o transforman. Como ya ha dicho alguien, lo que importa de los hechos no es cómo fueron, sino cómo se recuerdan.

Es importante que el lector se acerque al texto con estas ideas sobre Pinter. En otro caso, corre el riesgo de perderse en la búsqueda de los valores literarios y dramáticos—situaciones, personajes— que suelen descubrirse en las obras «celebradas», como es el caso de la que nos ocupa. Tuve ocasión de ver «Old Times» en el Aldwych—no lo comenté

porque coincidió con el cierre temporal de TRIUNFO—, y recuerdo la precisión de un trabajo siempre atento a introducir el vértigo en las escenas de la vida familiar. Todo era, a la vez, amable e insondable, en un juego que conciliaba los gestos de la cotidianidad con los silencios y los oscuros por los que se colaban los «viejos tiempos» de los personajes. La categoría última de la obra estaba en que esa presencia del pasado se convertía en tragedia, por cuanto entrañaba en el personaje una realidad ambigua y dolorosa, distinta a la imagen con que «parecía» vivir el presente.

Digamos finalmente que el volumen va precedido de un extenso trabajo sobre Pinter a cargo de Alvaro del Amo y Manuel Pérez Estremera. ■ J. M.

## El existencialista cristiano

La editorial Herder ha publicado este libro reciente del padre Bernhard Häring. El libro es importante, porque profundiza en la raíz del personalismo como actitud esencialmente cristiana. Pero entiende el personalismo de una forma muy distinta a como fue frecuente en la historia del catolicismo. Los católicos se dejaron influir demasiado por las concepciones paganas acerca del mundo y del hombre. Concretamente el pensamiento de los cristianos ha sido marcado mucho más por el pensar griego que por el pensar bíblico. Esta incoherencia ha sido de graves consecuencias para el mundo y para la historia del cristianismo, porque se centró el ideal de vida de los cristianos en dos polos equivocados: 1) la evasión de las tareas terrenas, actitud que culminó en el monarquismo, y 2) en el desarrollo de una individualidad egocéntrica como ideal de perfección. Estas dos

concepciones del hombre, y de sus tareas en la sociedad humana, vienen del mundo griego. La primera—la evasión de las tareas mundanas—de las ideas de Platón. Y la segunda—el perfeccionismo individualista—se inspiró en la concepción de la persona que se desprende por un lado de Aristóteles y por otro de los estoicos.

Sin embargo, a partir del comienzo de la revolución social iniciada en el siglo pasado ante los cambios técnicos producidos por la revolución industrial, surge un socialismo ético que concibe el desarrollo de la persona humana como comunicación, convivencia y cooperación con el «otro». El «yo» no se concibe ya sino en conexión con un «tú». Esta concepción actual de la persona humana tuvo sus inicios en el Evangelio; pero desgraciadamente hasta hace siglo y medio—y no precisamente en virtud de los cristianos—surgió nuevamente la persona como ser abierto a los otros. Este es el «leit motiv» del libro del padre Häring, descubriendo que la ética del cristianismo no es una ética de la perfección propia, sino de una existencia de apertura hacia el «tú». Muy interesante es también la reflexión que hace el autor sobre la norma última de la conciencia personal, como principio fundamental de la ética cristiana. Y el estudio de una ética del *kalos*, que es siempre «una orientación dinámica dada por el ser propio más íntimo del hombre», en contraposición con el legalismo que tan frecuente ha sido en la moral cristiana. Excelentes son también sus observaciones sobre la equivocada moral de muchos cristianos y teólogos, basada en las cuatro virtudes de la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza, que son fomentadas por encima de un amor dinámico y social. ■ E. MIRET MAGDALENA.